

# Cuando un marqués atravesó los Andes. José de la Riva-Agüero (1912)

When a marquis crossed the Andes. José de la Riva Agüero (1912)

Recibido: abril 17 de 2018 | Revisado: mayo 12 de 2018 | Aceptado: junio 12 de 2018

VÍCTOR SAMUEL RIVERA<sup>1</sup>

## RESUMEN

La presente contribución es un acercamiento biográfico a José de la Riva-Agüero (1885-1944), uno de los pensadores sociales peruanos más representativos del siglo XX. El texto enfoca su complejo pensamiento intelectual a partir del relato de un viaje al Alto Perú realizado en junio de 1912 que ha sido muy famoso en la historia social peruana. La historia de este viaje es también una reflexión sobre el origen y el sentido histórico de largo plazo de la obra más difundida de este pensador en la actualidad: Paisajes Peruanos. Riva-Agüero, que rubricaría después como marqués de Montealegre de Aulestia, es presentado gracias al episodio de 1912 en función de las diversas redes académicas y sociales que fecundaron su pensamiento tanto histórico como político.

**Palabras clave:** marqués de Montealegre de Aulestia, maurrasianismo, nacionalismo, Paisajes Peruanos, pensadores peruanos

## ABSTRACT

The present contributions intends a biographical approach to José de la Riva-Agüero y Osma, one of the most representative Peruvian thinkers along the entire XXth century. The text narrative is focused on his complex intellectual thought; it takes as a point of reference a long trip across the Andes made by Riva-Agüero in 1912 which has been largely quite famous in the Social Peruvian History. The narrative of this trip is also a reflection on the origin and the long term historical sense of the most spread and known of his written Works: Paisajes peruanos. Riva-Agüero, who would sign afterwards as the marquis of Montealegre de Aulestia, is presented here, because of this episode of 1912, as a public social representative man. In this narrative, Montealegre appears surrounded by the high aristocratic and academic nets which determined so much his political and historical thought.

**Key words:** marquis of Montealegre de Aulestia, maurrasianism, nationalism, Paisajes Peruanos, Peruvian thinkers

<sup>1</sup> Pontificia Universidad Católica del Perú  
Correo: victorsamrivera@gmail.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.24039/cv201861251>

## Introducción

El presente texto es una biografía. Es circunstancial; describe un viaje célebre de 1912: José de la Riva-Agüero (1885-1944), el intelectual más destacado en vida en su generación, resuelve conocer en persona la sierra y el Alto Perú, lugares que había estudiado enjundiosamente para postular una concepción social centrada en la idea de la nación peruana. Su fruto postrero serían los *Paisajes Peruanos* (1955), una obra literaria constituida por anotaciones de este viaje cuyos herederos usarían, más bien trágicamente, para sepultar en el olvido los ideales y el significado auténtico de sus estudios sociales e históricos. Siendo el texto de formato narrativo, encuadra el viaje de 1912 en su contexto histórico más amplio en la vida del polígrafo peruano Riva-Agüero, marqués de Montealegre de Aulestia.

### 1912: Un marqués cruza los Andes.

Los periódicos de París seguían con interés el viaje. Iba hacia el Cuzco desde el sur, por Arequipa, para lo cual debía embarcarse primero en el Callao. Iban con él Luis Pardo, Julio Carrillo de Albornoz, Raymundo Morales de la Torre, Manuel Gallagher y Mansueto Carnaval. Una vez en Cuzco, bajaría la tropilla hacia Sicuani, y de allí a Puno, para cruzar bordeando el lago Titicaca por Desagüadero hacia La Paz, y aun más al sur. Un paje se ocupaba de ayudarlo con sus trajes, el aseo, la comida y las maletas. Tenía 26 años, y había terminado ya de componer su tesis para el doctorado en Jurisprudencia (Porras, 1956). Eran sus justas vacaciones luego de una década dedicada a la investigación. Quizá no llevaba el joven papel para escribir; de eso se premuniría ya en algún lugar para el viaje de regreso, para hacer notas destinadas, quizá, a componer después, ya en casa, unas memorias de este viaje: el mundo las conocería de espaldas a su autor después de su muerte. Era José de la Riva-Agüero, que estaba por tener la experiencia que se volcaría algún día en sus *Paisajes Peruanos* (De la Riva-Agüero, 1955). Mientras iniciaba la tra-

vesía por barco, Enrique de la Riva-Agüero e Isabel Panizo, sus tíos, así como las marquesas de Montealegre y Casa-Dávila, la hermana de su madre y ella misma, regresarían tal vez a comentar pormenores de los riesgos del viaje por trocha que esperaba al joven; irían a la casa pompeyana de Chorrillos, o quizá a la de Ramírez de Arellano, en la calle de Lártiga, inmueble que habían abandonado las marquesas y José el año anterior (De la Puente, 2007, pp. 189-199).

José era doctor en Letras desde 1910 y gozaba, desde los 19 años, de una ganada fama internacional a la vez como erudito y pensador político. Era entonces uno de los editores de la *Enciclopedia Universal de Escritores Famosos*, que publicaba en Madrid la condesa de Pardo Bazán, amiga de Ricardo Palma. Ocupaba un lugar allí junto a Rubén Darío y Miguel de Unamuno, Marcelino Menéndez y Pelayo y otros grandes nombres de las letras hispano-americanas y mundiales del 900. Era don José ya desde los 18 años miembro de la Sociedad del Ateneo de Lima, entonces el lugar de concentración de los intelectuales de la ciudad y de la que formaban parte los doctores Pablo Patrón, Javier Prado y Alejandro Deustua, entre otras destacadas personalidades de las letras universitarias peruanas de ese momento.

A esa edad tan precoz había redactado ya un estudio sobre el tercer marqués de Vista Florida, o bien José Baquijano y Carrillo, según la preferencia ideológica monárquica o republicana de la lectoría, que dejamos al lector resolver (De la Riva-Agüero, 1905); el texto sobre Vista Florida sería muy apreciado en el siglo XX y gozaría del más bien rarísimo privilegio de ser reimpresso una y otra vez. Muy posiblemente desde antes, incluso desde su estancia en el colegio francés de La Recoleta, junto a Juan Donoso Cortés y el conde Joseph de Maistre, José venía estudiando la obra del Inca Garcilaso de la Vega; desde 1906, un año después del texto sobre el marqués de Vista Florida, el joven intelectual de Lima había ya publicado en dos entregas un *Examen de la*

*Primera Parte de los Comentarios Reales*; esta obra sería pronto reimpressa en su forma final a cargo del Estado en forma de libro, en 1908 (De la Riva-Agüero, 1908); sería integrada después como parte principal en un libro de sociología política, *La Historia en el Perú*, del que se dará cuenta luego; su conocimiento sobre el Inca y su obra reivindicó la figura hasta entonces apagada del gran historiador neoplatónico y barroco, por la sangre nieto del gran Emperador Huayna Cápac, pero además de la nobleza española de la que Vista Florida era como un exponente, solo que más chiquito. Este mérito de conocer y rescatar para la cultura peruana al Inca Garcilaso le valdría a José en 1916 ser nombrado profesor de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Era entonces junio de 1912. José iba con su mayordomo y unos amigos a conocer el Perú, Alto y Bajo. ¡Cómo no estaría de interesado en los lugares de los que el Inca Garcilaso tantos detalles había dado en sus *Comentarios Reales*! En París se informaba al público de los avatares de la travesía.

El paseo por el Perú de 1912 se haría famoso con el tiempo, y ha sellado el recuerdo social del Riva-Agüero como escritor y amante del Perú. Con la intención de acceder en persona al mundo andino, planeó visitar el Perú Alto y Bajo. De Arequipa tomó ruta al Cuzco, y partió de allí con amigos, maletas y mayordomo rumbo al Alto Perú, alguna vez la joya del Reino del Perú: en el 900 se tenía la región como centro de expansión civilizatoria, a nivel histórico; como una cosa de hecho, el Alto Perú había sido una riquísima provincia, sino la más rica, que el Perú tuviera en los Andes durante la monarquía. En el relato que hace Porras (1956), con la ventaja de contar con el testimonio del propio Riva-Agüero, de quien era cercano, así como de otros circunstancias, una vez en el Cuzco realizó el viaje hasta Bolivia al menos dos veces. Allí no solo tuvo contacto con la naturaleza y los monumentos de la antigüedad peruana; también lo tuvo con

las élites locales criollas y mestizas, con las que discutía libros suyos y ajenos, publicaba notas en los diarios locales y establecería lazos humanos el resto de la vida. El de José por los Andes del sur fue un pintoresco viaje que aún es posible realizar en tren partiendo del Cuzco hasta Puno, para proseguir luego hasta La Paz, Chuquisaca, Cochabamba y Potosí (hoy) por carretera. Hace una centuria se trataba de un desplazamiento verdaderamente meritorio; un imposible práctico que solo a una mente verdaderamente nacional podía caberle hacer. El viajero debía hacer la travesía penosamente, a lomo de mula; para quien conoce la ruta, en una extensión agreste y desoladora, donde con suerte habría tal vez bien a lo lejos un tambo, o un caserío con una iglesia barroca; una manada de auquénidos peruanos con un pastor a su lado.

El común de las personas que piensan en Riva-Agüero como un personaje a quien recordar, lo asocia siempre con el viaje de 1912, esa magna travesía para acceder al Perú del indio, que en muchos aspectos fue la vida entera para José el Perú más auténtico, el más hondo, el Perú donde yacía postrado impensable y pétreo, esperando, el porvenir. Ha quedado para la posteridad rastro de ese viaje por las notas que sabemos tomó en camino de regreso a Lima, sabe Dios en qué extraña papelería cuzqueña; eso consta en que las notas se inician desde la salida del Cuzco, donde está el Colegio de los Padres Salesianos, hacia la izquierda de la Casa del Almirante, como yendo a la fortaleza de los Emperadores; el viaje va retorcido por Huamanga hasta el final de la ruta del tren a la costa que partía desde Huanayo, para ingresar a Los Reyes por la hacienda de Bravo Chico, teniendo a la izquierda la vista alta del Cuartel de la Pólvora. Como ya sabemos, se trata de un libro que salió en 1955 con el título de *Paisajes Peruanos*, prologado enjundiosa y abrumadoramente por Raúl Porras, con tanto aparentemente que tenía qué decir de los viajeros en general, aunque tan poco del meritorio viaje anotado por José y que justificaba sus interminables frases preliminares

(Porras, 1955). Como ya veremos, se trataba de una tarea colosal de despistaje social, para extraviar antes que orientar al lector, trabajo de zapa que le tomó a Raúl Porrás Barrenechea la imaginación de 161 páginas, nada menos; 161 para las modestas notas de José, que apenas superan las 180 y que, al considerarlas imperfectas y juveniles, su autor nunca logró publicar en libro.

*Paisajes Peruanos*, de tan desviada y largamente prologado como estaba en 1955 con nota preliminar pantagruellesca, parece un libro de Porrás antes que uno de Riva-Agüero; Porrás, estimulado por su propio talento, publicó las 161 páginas aparate también, como lo que era, un libro salido de su pluma.

Se debe anotar para el lector que José tuvo la intención de publicar sus notas de 1912 a inicios de la década de 1930, en un contexto de alto índice de politización de la literatura nacional; José pensó entonces que esas notas podrían ser usadas para la causa del nacionalismo universal que profesaba y anhelaba para su propia patria; pensó en imprimir las notas en Europa, particularmente en Inglaterra, pero por razones que ignora el que esto escribe ese proyecto inglés fracasó; las notas pararon entonces a manos del entonces famoso historiador Jorge Guillermo Leguía, para que este les hiciera una especie de prólogo (que no sería ni tan largo ni tan aburrido como el de Porrás). Pero Leguía era liberal y José en cambio seguía siendo el mismo de 1912: un futurista montado en el más grandioso pasado del que había disponible recuerdo.

Leguía el historiador debía serle al inicio figura extraña a José; en cualquier caso, había cometido poco antes de la llegada de José al Perú de Italia (1930) un desliz que José no habría de perdonarle. Leguía, por encargo del Estado, venía de haber compuesto un agrio expediente sobre el Padre Bartolomé Herrera (1808-1864), el conde de Maistre peruano (De la Puente, 1965; Rivera, 2008); José, que admiraba a Herrera como filósofo político, líder so-

cial y educador, pero más aún, como gestor de la nacionalidad peruana, aquello que lo había movido en 1912 a conocer el Perú Alto y Bajo. Debe haberse sorprendido mucho de la prosa desdeñosa de Leguía, del trato de obsoleto quizá algo poco talentoso que Leguía le había dado en un texto de 1929: trataba allí con “lástima” a este parlamentario, Presidente de Cámara y Obispo de Arequipa, amén de primer pensador de la nacionalidad peruana republicana; según Leguía, Herrera había pasado, del lugar de una mente grandiosa, a la tristeza de un “fanático” (Leguía, 1929, p. 29). Es fácil inferir que, una vez advertido José sobre el fanatismo liberal de Leguía, tenía razones para no volver a dirigirle nunca más la palabra, cosa que hizo con varios intelectuales y amigos en temas sensibles para él. Don Jorge, falto de sutileza como pudiera haber sido, no comprendería jamás el motivo de esa conducta. Y, hay que decirlo, los *Paisajes Peruanos* se quedaron archivados definitivamente. Tuvo que aparecer Porrás en 1955 para sacarlos de donde su autor los había guardado.

Este año, de 1955, en que caen sobre José 161 páginas de erudición sobre cosas ajenas, se sella la lápida sepulcral del involuntario autor de *Paisajes Peruanos*. Tristemente, en un lamento andino, resulta ser la partida de defunción del significado social y de su prestancia como pensador en la historia nacional y republicana del Perú, méritos que la sociedad de 1912, sin embargo, y muy a pesar de Porrás (y sus cómplices en el futuro), tenía muy presentes. Aunque Riva-Agüero, ese precoz adolescente que a los 18 años publicaba con los doctores de San Marcos para el Ateneo de Lima, fue desde su primera obra adolescente uno de los más destacados intelectuales del primer tercio del siglo XX del Perú: por obra y gracia de la enjundia de Porrás, de su auténtica avalancha de observaciones fuera del tema, por un bulto verbal que hacía de *Paisajes Peruanos* más una obra de Porrás que de José, a quien va dedicada la masa, así, de pronto, y sin avisar, el escritor de la Calle de Lártiga se travistió de pensador social y político en un

literato, en un romántico escritor de notas de viaje. No José Santos Chocano, no José María Eguren, no Ventura García Calderón: un escritor más o menos chiquito.

Hay que saber que Porras con la losa del sepulcro no creía estar haciéndole un mal; al contrario, creía calmaba la malicia y la crueldad de los enemigos de José, unos intelectuales liberales y de tendencia socialista que la generación siguiente había gestado, y cuyo resentimiento marcaría en la imitación tanto sus propias trayectorias; se trata del publicista Luis Alberto Sánchez y el historiador Jorge Basadre. Ambos odiaron, cada uno a su modo, tanto el significado social como incluso a José mismo, precisamente por no haber sido en vida ni chiquito ni literato. Sánchez y Basadre, además, eran muy cercanos. Ambos infatigables negadores de todo lo que en 1912 había hecho de José un personaje de interés para la gente de París. Quizá diga algo al lector saber que ambos eran también amigos de Jorge Guillermo Leguía.

Es triste comprender que el mismo joven cuyas travesías en los Andes conmovían al mundo pasó a ser en 1955 un literato de pluma feliz, aunque de segundo orden. Pero este de 1955 no es quien fuera incluido por la condesa Pardo Bazán como editor y autor en la *Enciclopedia Universal de Escritores Famosos*, junto a Unamuno y Menéndez y Pelayo. Y no se publicitaba con interés en París los detalles de su viaje por consideraciones literarias, que ni al propio José le interesaban gran cosa ni en las que tenía planeado incursionar, sino por la obra que, antes de 1955, era inseparable de su recuerdo y hoy hemos olvidado, como Porras muy bien debía saber. Basadre y Sánchez lo acusaron, cada uno a su manera, de escritor mediocre, de mal sociólogo, de pésimo historiador, de político fracasado, ridículo en su porte obeso de aristócrata y título de Castilla, detalle nobiliario que a los antedichos movía a la ironía o la risa. Es natural: no era ninguno de los dos ni de su bando ni de su clase (Basadre, 1944; Sánchez, 1963, 1985; González-Vi-

gil, 1985). En 1955 Porras, de buena fe, corrigió el entuerto de la malsana fama de fracaso y ridiculez monárquica haciendo del mediocre sociólogo inventado por Basadre un algo no mucho más talentoso escritor de viajes.

Como habrá ya notado el lector, Riva-Agüero no fue ni se consideró él mismo un literato, sino un pensador social. Antes que nada fue un intelectual integral, que como todos los de su tipo, se afana en la utilidad política de sus conocimientos; esto para él significaba lo mismo que ser un pensador de la nacionalidad, una nacionalidad concreta que en 1912 deseaba conocer cara a cara. No se internó al Perú como un viajero curioso, sino como un sociólogo o un filósofo. Fue en calidad de tal, de sociólogo y pensador que sus viajes y sus actividades, en las primeras décadas del siglo XX, despertaban interés internacional. Y esto coincide con una intensa vida universitaria, con una entrega devota a la Universidad de San Marcos, que es así el contexto y la fuente, tanto de la dirección de sus obras, como de su fragua y acogida. San Marcos es el horizonte desde donde hay que reconocer su interés y valor histórico.

Riva-Agüero nació en 1885, y extendió su existencia, intensa y grandiosa por etapas, hasta 1944. Son escasas las biografías al uso, que lo suman a la multitud con la que, como aristócrata, nunca quiso asociarse; son raras las que puede citarse y que despierten en sí mismas algún interés (Alarco, 1951; Bobadilla, 2007; De la Puente, 1955, 2008; Jiménez-Borja, 1966; Rivera, 2009). Fue el primer pensador de la identidad nacional (Peña, 1987), un tema transversal en los debates sociales e ideológicos de la política del siglo XX. Pensó el Perú como una nación cuya identidad se hallaba formada y que, por diversos motivos que examinaremos brevemente después, consideraba en riesgo. Y ese interés por el Perú, que era también un compromiso político, se transformó en fascinantes obras de interpretación social, fundamentalmente, como parte de su carrera en San Marcos. Queremos recordar

al joven viajero, por lo tanto, como el pensador que viajaba, como el gestor de ideas que unía, como nadie hasta entonces, la teoría con la realidad. Pero entonces habremos de viajar nosotros en el tren de su vida, de su prolija y casi inagotable existencia universitaria.

Riva-Agüero ingresó a San Marcos en 1902 y extendió su vínculo con la universidad hasta 1919, en que abandonó el Perú bajo el concepto de refugiarse en España. Como era común pensar en ese tiempo, España era la madre de los americanos. Aún se usaba la expresión “América Española” para referirse a lo que llamamos ahora “América Latina” y viajar a España en ese contexto no implicaba por ende la renuncia a la nacionalidad. Pero lo fundamental es que ese viaje interrumpía el esfuerzo de forjar una vida por parte de alguien cuyo interés institucional debe haber sido especialmente intenso. Y, en un sentido que históricamente resulta incuestionable, el vínculo con San Marcos era parte de la identidad social de nuestro personaje. Riva-Agüero había obtenido dos doctorados por San Marcos y adicionalmente, desde 1916, ostentaba el título de catedrático adjunto del curso de Historia Crítica del Perú; el puesto titular estaba a cargo del profesor Carlos Wiesse, ya desde que el propio José era estudiante. Hay que saber que los puestos de catedráticos en el San Marcos del 900 eran vitalicios, y un adjunto, que era miembro por derecho de la plana de la universidad, por lo tanto, podía hallarse en la triste situación de no poder dictar clases jamás. José, el profesor adjunto de Wiesse, apenas si alcanzó, por accidente semanal que parece hay que agradecer a alguna coqueta bacteria, a dictar unas pocas lecciones de historia prehispánica.

Wiesse cayó en cama. Riva-Agüero generó grandes expectativas cuando, en 1918, dictó unas pocas lecciones del curso del que era adjunto, que aunque se han perdido, sabemos que fueron muy concurridas y adquirieron notoriedad. Al parecer el doctor Wiesse estuvo en una especie de feriado viral o bacteria-

no, pero no era de caer enfermo con mucha frecuencia. Afortunado en la salud, Wiesse volvería pronto a la cátedra al salir de una enfermedad que solía en 1912 ser la rúbrica de la muerte. José dictaría clases en 1937, con un público que llevaba él mismo en su auto a la Universidad Católica, pero no es pertinente aquí darle más pábulo a esas lecciones magníficas que hubieran valido más de haber tenido concurrencia. Meses después de las lecciones accidentales de 1918 José tomaría otra vez un barco en el Callao, pero esta vez para irse exiliado a Europa. Esta cátedra fantasmal en San Marcos, donde Riva-Agüero era profesor de ninguna cosa más que de algo, debe haber sido una experiencia triste para un hombre que llevaba casi dos décadas de compromiso universitario, lectura e investigación y que, a no dudarlo, debía sentir cómo se iba marchitando su precoz talento mientras la universidad, dado que no dictaba clases, le encargaba modestas tareas administrativas que su paje también hubiera podido desempeñar sin haberse doctorado nunca.

Es necesaria una precisión didáctica: señalar qué y cuánto había hecho Riva-Agüero desde su ingreso a la universidad. El Ateneo de Lima recogía intervenciones, comentarios de libros y artículo en su boletín, que es un testimonio precioso de la vida intelectual de la época, cuyo eje era la Universidad de San Marcos. Riva-Agüero, ya como alumno, publicó los textos sobre Vista Florida y el Inca Garcilaso allí, que era como publicar en la universidad misma. En 1905 mandó a la imprenta su tesis de Bachiller en Letras, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (De la Riva-Agüero, 1905a). Al parecer tenía la obra planeada desde el colegio y las lecturas y referencias específicas que este libro hace son tantas y tan variadas que es fácil reconocer el arduo y denodado trabajo de años de un estudio exhaustivo y diligente. Para el invierno de 1903, a los 17 años, tenía una buena parte escrita, que prosiguió con toda seguridad hacia fines de 1904 y hubo terminada a inicios de 1905. *Carácter de la literatura* es una

mezcla de filosofía social, psicología colectiva e historia literaria; es un texto dirigido al uso social, un texto francamente político, aunque redactado según patrones de composición que hoy resultan extraños. Como los posteriores, y víctimas sociales de la perfidia de Basadre y el ingenio infinito de Porras, leemos su biografía dándole un significado exagerado a los *Paisajes Peruanos*, que sí es una obra literaria, es muy fácil pasar por alto que la de 1905, no importa qué diga el título, no es una historia de la literatura durante la república, como suelen creer los estudiantes de esa materia hoy.

Es importante entender cómo era el auditorio medio que iba a hacer de lector de José. Los receptores de *Carácter de la literatura*, los lectores de 1905, constituían un auditorio chiquito de millonarios engraidos, las más de las veces a la misma vez unos liberales y unos positivistas, racialistas o racistas científicos, a la vez que afanosos de los negocios y el dinero. Siempre de espaldas al mar. El auditorio medio, sin embargo, consideraba la obra de José como un tratado de sociología política, si se permite esa expresión positivista, que debía traducirse a la vez como sociología, psicología social y filosofía política, lo cual se prueba con las reseñas que entonces hicieron García-Calderón (García-Calderón, 1906), Miguel de Unamuno (Unamuno, 1906) y E. Castro y Oyangueren (Castro y Oyangueren, 1920, p. 195-200), así como en la presentación de José en época análoga que se hizo en la *Revista de América de París*, dirigida por García Calderón, de parte de su hermano Ventura (García-Calderón, 1912). No solo estamos ante un trabajo inaudito para un adolescente; este libro constituyó un programa social y político cuyo núcleo era la idea de la nacionalidad. Como vamos a volver a tocar este tema baste por ahora. Es imposible describir la impresión que esta obra causó en la Lima del 900. En esa época las tesis de Doctorado en Letras de San Marcos solían tener entre 30 y 80 páginas, las referencias bibliográficas y de autores eran escuetas, y al ojo del presente aparecen como modestos folletines.

*Carácter de la Literatura*, tesis para graduarse apenas de Bachiller, a diferencia de las tristes monografías enanas que pasaban entonces como tesis para doctorado, era un libro que no tenía nada que envidiar a una obra académica contemporánea de Francia. La tesis de 1905 fue el texto más influyente y poderoso del Perú de los siguientes tres lustros. Su programa de nacionalismo o lo que hemos llamado en otra parte “tradicionalismo” era en 1912 el referente por antonomasia de ese diminuto mundo social que era el del Perú de su época hasta el inicio del régimen popular de Augusto Leguía, en 1919, la causa oficial de la partida de Riva-Agüero a España (Rivera, 2017, cap. II).

*Carácter de la literatura*; sin embargo, era la primera de cuatro entregas académicas en formato de libro que llevó el autor a la imprenta en su carrera universitaria. En 1905 Riva-Agüero, ya Bachiller en Letras y con una tesis de doctorado pendiente, aparece en la *Revista Universitaria*, editada por San Marcos desde ese año, como alumno de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, donde obtuvo varias veces reconocimiento por la excelencia de su vida académica. No solo era una segunda carrera. Se trataba en realidad de buscar un fundamento filosófico y político más profundo para la posición de 1905, que quizá el autor, tan inseguro algunas veces de su propio talento, podría haberlo considerado entonces insuficiente. *Carácter de la literatura* tuvo una composición de vasta influencia. Sus referencias básicas estaban en las ideas sociológicas de dos escritores españoles, Miguel de Unamuno y Marcelino Menéndez y Pelayo, un liberal y un tradicionalista, que en vida se llevaban muy mal entre sí. Riva-Agüero pretendió conciliar ambas posiciones con una doctrina ecléctica de la verdad, que había tomado del pensamiento social de Bartolomé Herrera. Se trataba, pues, de un libro herrero, con un dulce tono conservador; como antes hiciera Herrera, intentaba incorporar la tradición como un concepto social dentro de la perspectiva modernidad política, en fusión ecléctica

entre el tradicionalismo y el régimen republicano (Rivera, 2008).

La tesis central de *Carácter de la literatura* estaba articulada sobre un plano histórico, político y social específico. Intentaba mostrar que el Perú no era ni tenía por qué ser un país dependiente de otros. Que lo había sido de España. Que lo era de la Francia laica y republicana que sus compañeros ricachones admiraban, y donde iban a dilapidar sus oligárquicas fortunas habidas de forma a veces no muy honesta. Aunque el Perú había sido parte de la Monarquía Española y subordinada, por tanto, a una metrópoli, desde el siglo XVIII se habría formado una realidad histórica propia, un “carácter” propio y autónomo, a partir del cual era posible una conciliación social ecléctica sobre la base de una realidad sustancial anterior.

En el 900 eran famosas las tesis del periodista político y poeta Manuel González Prada sobre el Perú: se trataba de una identidad republicana en proyecto, o un país cuyo ideal se halla por hacer, como estamos acostumbrados a pensar hoy nosotros mismos gracias a nuestros sociólogos del siglo XX, que pasan por ello poco menos que por pesimistas (Sanders, 1997; Giusti, 1991). *Carácter de la literatura* proponía que se trataba de una concepción colonial de la identidad política, que hacía de la lectura del presente una deuda con una realidad que se había logrado en otro lugar, por ejemplo, en Francia y, para colmo, bastante mal. Esto traía como consecuencia “una miserable servidumbre” respecto de la Francia laica y republicana del 900 (De la Riva-Agüero, 1905, p. 224). La agenda anticolonial, es decir, antifrancesa y en gran medida antimoderna de *Carácter de la literatura*, iba a valerse de los mismos medios que daban prestigio ante el cráneo europeo de las élites.

En efecto, Riva-Agüero trató el tema de la colonialidad en el régimen republicano de la manera que estaba en boga en el discurso de la sociología positivista. En el 900 se hablaba en términos de originalidad e imitación, una

retórica sobre la nacionalidad y la cultura que atravesaría el siglo XX hasta Augusto Salazar Bondy y aun después. ¿Seríamos una nación original, o teníamos que lograr nuestras expectativas sociales y políticas imitando a otra, que estuviera más lograda, por decirlo de alguna manera (como el Perú del 900 con la Francia del 900)? Es difícil situarse en el tiempo para comprender lo vivas que eran preguntas como éstas en el ambiente social de la universidad del 900, así como su contexto, que incluía la legitimidad de la república.

La retórica sobre originalidad e imitación tenía su fuente en la filosofía social de Gabriel Tarde, en particular en *Les lois de l'imitation*. También se acusa en esto la influencia de otros autores decisivos del 900, como Wilhelm Wundt, Henri Bergson, Joseph de Maistre y Friedrich Nietzsche; los dos primeros autores herencia del filósofo Alejandro Deustua, el más importante filósofo académico que en sus claustros tuvo la San Marcos del 900 (Copello, 2003; Rengifo, 2004); los otros eran populares en el medio más restringido al que las marquesas, los amigos de 1912 y José pertenecían. Deustua puso a la mano la versión compleja y contemporánea, con las esperables limitaciones de los programas de enseñanza universitaria del 900, de problemas políticos y sociales que el XIX peruano había abandonado sin empacho a meros divulgadores y periodistas.

No se puede comprender *Carácter de la literatura* sin referencia a un famoso libro de Hypolite Taine, su *Histoire de la Littérature Anglaise*. De este libro tiene el que firma esto dos ejemplares; uno fue propiedad de Francisco García Calderón, mientras que el otro que perteneció a Carlos Zavala Loayza, ambos compañeros de carpeta de Riva-Agüero. “Se ha descubierto –encabeza Taine la extensa publicación en cinco volúmenes– que una obra literaria no es un simple juego de la imaginación, el aislado capricho de un cerebro audaz, sino una expresión de las costumbres que rodean la obra y el signo de un estado de espíritu” (Taine, 1895, cap. I, III). El



autor expresaba esta posición vinculándola a la corriente romántica en el desarrollo de las ciencias históricas. A Taine se atribuye la idea de que toda historia, y quizás en particular la de los testimonios escritos de un pueblo, dicen de la personalidad y del carácter social de ese mismo pueblo; hablan de la esencia de ese pueblo y exhiben por ello sus características más profundas. El conocimiento de la historia literaria o escrita de un pueblo termina siendo así como un diagnóstico del mismo, lo que en la clave positivista del tiempo de José significaba una utilidad social y política, esto es, algo “sociológico”, destinado al progreso político e institucional (Lacombe, 1906; Nève, 1908).

Riva-Agüero, desde ese punto de vista de Taine, pudo haber deseado integrar su conocimiento literario en una obra parecida a la del francés, que explicaba lo que entonces se consideraba la psicología de una nación, exponiendo para ello (como Taine había hecho) el conjunto de todos los testimonios escritos del mundo histórico que se deseaba conocer, y no sólo la poesía y la prosa literaria. El estudio de la psicología de un pueblo pasaba por sus textos escritos, que a su vez revelaban la historia, la originalidad e incluso la agenda de ese pueblo. Se trata de que se haga “el modelo de un ideal propio” que se transforma en “el carácter de la raza”; éste “es lentamente constituido por la religión, la literatura y las instituciones”; es también este “carácter de la raza” “la fuerza y la dirección que hacen posible la civilización presente y futura” (Taine, 1895, pp. 475-476). Pero una obra como la de Taine era excesiva y difícil de lograr en un tiempo donde el conocimiento social de las obras peruanas era escaso y cada empresa en ese sentido resultaba fundacional, es decir, requería un inmenso esfuerzo recaudar las fuentes; no olvidar las tesis de pena que doctoraban por ello a la gente peruana de la era de 1912. Esto permite comprender su siguiente tesis de Letras, la *Historia en el Perú*: este libro aparece y debe ser leído como el complemento y la continuación de la obra literaria de 1905 (De la Riva-Agüero, 1910).

*La Historia en el Perú*, salida de la imprenta en 1910, ha llegado a la actualidad como el libro de contenido académico más decisivo de su autor literato y en vida lo consagró, tal vez incluso un poco a pesar de sí mismo, antes que como un pensador de la nación peruana, como un historiador profesional; esta consideración, que ha subrayado extrañamente la historiografía conservadora desde la Segunda Gran Guerra, es una de las razones que aíslan y sustraen de su sentido original de obra sociológica a *Carácter de la literatura*, lo que explica además que la historiografía no vea vínculo alguno entre ambos trabajos, los dos una expresión del carácter nacional a través de la historia literaria. La memoria social iba a sobreponer este texto de 1910 a la obra anterior aunque, como se ha sugerido, no era para el autor mismo sino su culminación y perfeccionamiento. Los *Comentarios Reales* de Garcilaso aparecen allí como parte de un diagnóstico social sobre la nacionalidad, lo que explica bien el tratamiento en la sección dedicada al Inca de notas sobre otras obras suyas que no son de referencia peruana.

La siguiente reflexión debe ser agregada. Quizá sea algo trágico que Riva-Agüero, que en 1910 seguía intentando ser un Taine peruano, un pensador social de la nacionalidad peruana, fuera seducido en tiempo posterior por las comprensibles minuciosidades en las que se cae en el trabajo de la historia, un factor que comenzó a acentuar el aire académico y de los libros de 1910 y 1905, y le restó al libro mismo de historia social de la historia, en cambio, la agilidad, la sutileza y algo del afecto literario de sus obras sociales anteriores. No se diga ya nada de su efecto como herramienta social, como sociología, término que era frecuente asignarle a sus trabajos en 1912, pero que, con toda razón, perdería pronto extraviado él mismo en la genealogía y las menudencias del pasado a las que dedicaría obras posteriores a la década de 1920. Sus textos de tiempo posterior a 1930 dan la imagen de un cerebro con una memoria muy privilegiada, aunque inútil de destino, amén de víctima de una especie

de aburrimiento cognitivo. En esto José fue el cómplice más cumplidor con que Porras pudo contar para la obra de sepultarlo socialmente y convertirlo en un narrador de viajes.

Riva-Agüero compuso *La Historia en el Perú* incorporando su estudio sobre el Inca Garcilaso, de 1906, con una exposición más vasta sobre textos sobre historia peruana hasta su presente. Desde los cronistas de la conquista española del Imperio Incaico hasta las entonces recientes obras del General Manuel de Mendiburu y el pedagogo y filósofo español Sebastián Lorente, antiguo decano de Letras de la universidad, cuya obra José despreciaba por muchas razones, pero muy en especial por no ser propiamente peruana (Thurner, 2012, p. 252). Interesado en la difusión de sus trabajos, corrigió un defecto de su primer libro, del cual sacó un tiraje de apenas 300 ejemplares y que hoy, por esa causa, debe ser reputado por eso como una preciosidad para los coleccionistas de libros peruanos. Ese mismísimo escaso tiraje de 1905 haría pensar a las generaciones futuras en el valor historiográfico, en lugar de social, que debía tener el libro de 1910.

*Carácter de la literatura* es sin duda una de las obras de coleccionismo más valiosas de la primera mitad del siglo XX que el Perú pueda tener. Caso distinto es el de *La Historia en el Perú*, aun hoy no infrecuente de hallar en los librerías de viejo; la edición de 1910 vale casi lo mismo comercialmente hablando que su primera reimpression publicada en España en 1952, que tomaría a su cargo el marqués del Sotillo; el mejor amigo en la vida imprimió, creyendo honrar el honor de administrar el legado del entonces difunto (De la Riva-Agüero, 1952); ambas ediciones valen lo mismo: al precio de hoy, unos 250 euros. Y es que no saldrían de la imprenta esta vez 300, unos pocos escasos ejemplares, sino un tiraje de mil; en esta ocasión los volúmenes serían distribuidos con mayor énfasis entre los académicos del Perú, así como entre las personalidades políticas, sociales y religiosas del país, y solo una parte pequeña sería enviada, con especial esmero y en ele-

girá al receptor, a quienes eran los grandes expertos en historia iberoamericana en el mundo entero. En gran medida el viaje de 1912 es también una distribución personal del libro masivo salido de la imprenta de Federico Barrionuevo. Estas cosas de la vida. Hace un par de años estuvo en venta en Francia un ejemplar de *La Historia en el Perú*, que remitió José firmado y con dedicatoria al historiador inglés Clements Markham; era triste ver el precio de oferta, rebajado varias veces por falta de comprador. Se agrega otro ejemplar firmado dedicado esta vez a su amigo Ventura; se tiene conocimiento de su venta en una subasta en España hacia fines de la década de 2000, cuando fue desbaratada y repartida por todo el mundo al azar la exquisita biblioteca de Ventura, llena de preciosidades que sus mercantiles herederos perdieron miserablemente. Este último ejemplar no sobrepasó gran cosa el precio del anterior.

Mientras redactaba la tesis de 1910, el genio de nuestro personaje deseaba a la vez obtener el título de abogado. Lejanas se veían entonces esas largas vacaciones esperadas para recorrer el Perú Alto y Bajo. Tuvo pensado primero José un doctorado en Ciencia Política, pero esa especialidad fue suprimida de la universidad mientras Riva-Agüero hubo asistido a sus primeros cursos. Por ello, hacia 1908, mientras abandonaba los textos literarios, que sabemos ahora le interesaban como fuente de conocimiento del “carácter” nacional y no por su cuestionable belleza, se interesó por su cuenta cada vez más en la filosofía jurídica y política, materias en las que muy posiblemente no fue tan afortunado. Sobre la primera vio la luz su trabajo *Fundamentación de los interdictos posesorios*, de 1911, que le valió el grado de Bachiller en Jurisprudencia (De la Riva-Agüero, 1911). Tenía en mente un juicio de herencia que encargaría a su antiguo profesor de filosofía, Javier Prado, que era entonces uno de los abogados litigantes más destacados de Lima. Y es así como llegamos a 1912.

Riva-Agüero, quien no logró articular sus ideas filosófico-políticas con ninguna de las

lecturas que encargó ex profeso desde Francia, para obtener el Doctorado en Jurisprudencia, terminó componiendo un folleto de filosofía jurídica y política; plasmó allí unas ideas metafísicas propias, una mezcla extraña entre Nietzsche, Deustua y Juan Donoso Cortés, con el título *Concepto del Derecho* (De la Riva-Agüero, 1912). Este folleto no dejó satisfecho a su autor, quien haría poca gala de él en el futuro, aunque sus contemporáneos lo apreciaron, con justa razón, como un complemento de *Carácter de la literatura*; era la receta para la acción política de un nacionalista reaccionario. Los textos jurídicos son ambos de naturaleza explícitamente filosófica. Ambos, en mayor o menor grado, son una metafísica del Estado, y se hallan influenciados por el concepto de metafísica que se halla en los complementos de *El mundo como voluntad y representación* de Arthur Schopenhauer, una lectura obligada para el sanmarquino del 900. Schopenhauer y Nietzsche son lecturas tempranas de Riva-Agüero, que posiblemente trajo del colegio francés, pero que en los libros de filosofía jurídica combinó, una vez más, con Tarde, Wundt y Bergson, con certeza un soporte de la docencia de Deustua. Como se ha demostrado en otra parte, el rol de Juan Donoso Cortés aquí, el heredero español de la teología política de Joseph de Maistre, fue decisivo (Rivera, 2010).

Así llegamos, casi sin percibirlo, a nuestro paradero. El año en que, después de más de una década de trabajo universitario imparable, José se tomó unas vacaciones con Morales y Canaval para conocer la geografía y la gente de ese país cuyo pensamiento de la nacionalidad trataba de plasmar.

El viaje al Perú tuvo intención de conocer el mundo andino, en el que situaba, como antes había hecho Hipólito Unanue, la raíz y el fundamento de la nación. Anecdóticamente, sin embargo hay que subrayar que este se produjo por la imposibilidad material de visitar Europa, viaje que el personaje tenía planeado para ese año y que hubo de aplazarse para el

año siguiente, dado la salud de su madre. Un vínculo intenso con París le abría la puerta de lo que entonces era la imagen social de la cultura europea peruana y latinoamericana. Esto exige un desvío hacia la familia García Calderón, prolífica en el mundo intelectual del 900 y cuya identidad, si bien se realiza en Francia, es a través de la universidad, su historia y vínculos internacionales.

En París, desde 1906, vivía emigrada la familia de Francisco García Calderón Landa, rector de San Marcos durante los primeros años del paso por sus claustros de Riva-Agüero. El rector García Calderón, que también había sido Presidente del Perú durante la Guerra con Chile y era notable intelectual y jurista, murió repentinamente en 1906. Fue luto para San Marcos y el Perú. Riva-Agüero, íntimos él y su padre de la familia del rector, leyó en el sepelio el discurso de orden representado a los estudiantes de la universidad. El rector dejó varios hijos, dos de los cuales eran compañeros sanmarquinos y contemporáneos: Ventura y Francisco; habían sido sus compañeros desde el Colegio francés de la Recoleta, al que habían ingresado juntos en 1896; íntimos amigos desde su niñez, entraron con él a San Marcos, generando pronto allí todos juntos un auténtico revuelo en la vida universitaria. Eran talentos excepcionales y se vieron pronto los tres rodeados de la admiración de sus pares, así como de la sociedad chiquita que era la Lima de entonces, y más aún la San Marcos del 900, cuyos estudiantes, junto a la plana de profesores y el servicio, entraban todos juntos en la sala de grados.

Francisco fue el más precoz de los hermanos García Calderón. Se atrevió a publicar un libro de ensayos ya en 1904, *De litteris*, para el cual el rector de San Marcos buscó el prólogo del famoso escritor uruguayo José Enrique Rodó, cuya obra inspiraría al 900, aunque no especialmente a Riva-Agüero, como suele decirse gracias a la prosa exagerada y cruel de Luis Alberto Sánchez (Sánchez, 1963). En 1907, Francisco publicó en París *Le Pérou*

*contemporain*, un libro decisivo, premiado en París, cuya actualidad es aún digna de nota; García Calderón hizo allí una propuesta de nacionalidad qué oponer a la de *Carácter de la literatura*. Francisco era liberal convencido; los devaneos ancestrales, monárquicos y organicistas, incluso incaicos y andinos y, por ello, tan poco civilizados y franceses que tenía su amigo de Lártiga, no le eran del todo gratos. Era importante colocar los sentimientos modernos, liberales y progresistas de Francisco en una vitrina parisina, que todos los peruanos de clase pudieran ver.

Ventura y Francisco iban a ser mentes representativas del Perú de su tiempo, con fama internacional, como publicistas, ensayistas y escritores de calibre (Delgado, 1947; Ortega, 1987). Si Ventura, que sería postulado alguna vez al Premio Nobel de Literatura, se hubiera hallado en la disyuntiva de seleccionar qué obra le era la más simpática y la más representativa de su generación, tenía solo, en 1912, dos opciones: *Carácter de la literatura* y el libro de su hermano de 1907; el lector o debe albergar dudas sobre cuál de las dos sería la obra favorecida por el entusiasmo. De hecho, Ventura, personalmente, se había encargado de difundir las tesis del autor de Lártiga entre los nacionalistas franceses, entonces muy poderosos en la política y la academia, no solo en la Francia revuelta de su periodo, sino en el mundo de las letras europeas e iberoamericanas en general. Amigo de literatos y eruditos franceses del momento, como Maurice Barrès, Ernest Martinenche, Marius André y la corte del iberoamericanista Foulché-Delbosc; cercano del poeta integrista y monárquico Charles Maurras, entonces en su instante de mayor fama, Ventura era factor decisivo para esa fama transnacional y transatlántica de que José gozaba en 1912.

La Universidad Nacional Mayor de San Marcos, hace una centuria mucho más que ahora, por diversas razones, acogía y era el nudo de los debates intelectuales de los peruanos. No sólo ni principalmente era un espacio

para la difusión de la actualidad de la cultura americana y europea, sino también para la peruana misma; era una suerte de palestra en que se hacía pública la investigación y el conocimiento social, que es lo que interesa aquí. Tras los títulos y las referencias españolas americanas y francesas de los libros de Riva-Agüero hay una agenda de debate profundamente local y nacional. Hay que regresar a *Carácter de la literatura*, que es el texto más explícitamente polémico en el sentido que se viene subrayando; el texto de 1905 escondía una polémica local sobre la identidad del Perú y el concepto de nación cuyo origen parecía provenir de Europa.

En efecto, debía relacionarse –y así lo hicieron los contemporáneos– con una discusión francesa entre el nacionalismo integristas, que era monárquico y católico, sostenido en la pertenencia social y la tradición de Francia que enfrentaba la propuesta liberal de Ernest Renan, liberal y anticlerical republicano, que era todo lo contrario. En el centro se hallaba la interpretación social de la Revolución francesa, de la que los integristas eran detractores y los liberales entusiastas. Hay testimonio explícito de Ventura García Calderón a ese respecto, que desplaza el tradicionalismo francés a un discurso muy famoso hasta el presente sobre la nacionalidad alemana de J. G. Fichte (García-Calderón, 1946, p. 95). Este ambiente francés era el marco para una discusión social que rebasaba, a la vez que atravesaba, la universidad. Algo semejante al liberalismo de Renan había sido abrazado por Javier Prado, el profesor de filosofía cuyos oficios judiciales Riva-Agüero solicitaría alguna vez. Prado había introducido en la universidad el positivismo liberal de los franceses; lo volcaría pronto en clases y folletos, con la firme apariencia de un programa nacional que en gran medida la universidad adoptó como propio (Vexler, 2008).

En 1894, el profesor Prado –joven y brillante expositor entonces– dio el discurso de apertura del año académico con *Estado social*

*del Perú durante la dominación española* (Prado, 1894). Había puesto en clave sociológica y filosófica ideas que eran ya populares y conocidas gracias a un periodista que era extraño en la universidad, pero cuyo estilo de escritura cautivaba a muchos; eran las ideas de Manuel González Prada, para el 900 gestor de un fallido propósito de Partido Radical pero, antes que nada, periodista anticlerical, jacobino y poeta de cierto mérito para su tiempo. González Prada tradujo a Renán en contexto peruano popular y reprodujo la polémica francesa sobre la nación en un contexto muy sensible, que era la reciente derrota militar del Perú ante las tropas de Chile. De no extensa imaginación conceptual, González Prada fue el vulgarizador de prensa de las ideas liberales que, en torno a la nación, había expuesto para Francia, Renan.

Prado hizo de González Prada la fórmula popular de un discurso de peso universitario, que consagró en la academia un fenómeno de la prensa. Pero el común de los novecentistas de la universidad, con su profesor Alejandro Deustua a la cabeza, era de criterio bastante diverso. Riva-Agüero daría, con *Carácter de la literatura*, el punto de vista opuesto, que era suscrito por muchos también, en particular en el Partido Demócrata de Nicolás de Piérola, líder popular y clerical, como San José, apreciado tanto por el pueblo llano como por la nobleza, amigo personal de la familia de su madre, doña María de los Dolores Carmen, marquesa de Montealegre.

Detrás del discurso de González Prada y, por lo mismo de Prado, se hallaba la influencia social de Ricardo Palma. Palma, director de la Biblioteca Nacional, saqueada en la Guerra con Chile, se había consagrado con un conjunto de artículos de prensa que eran del gusto de muchos peruanos, se trata de las *Tradiciones Peruanas*, cuya edición definitiva es casi contemporánea de *Carácter de la literatura* (García-Calderón, 1938; Escobar., 1964). Quizá sin el consentimiento ni la voluntad de su autor, esa obra, impresa ya entonces en España

con éxito internacional, inspiró un sentimiento propio de nacionalidad, que se instaló en la polémica que venía de Francia. En la obra de Palma, el pasado peruano, y en particular su pasado español, aparece incorporado como elemento fundador del Perú. El recuerdo del régimen antiguo, perpetuado en las prácticas religiosas y sociales, así como en sus monumentos, fue asociado pronto con una agenda de lo peruano centrada en la gestión española del país. González Prada dedicó el ensayo más emblemático de su postura liberal para denunciar el supuesto significado ideológico y político de la interpretación social de la obra de Palma como retrógrada y reaccionaria. Se trata de la famosa *Conferencia del Ateneo*, que su autor pronunció con fines patrióticos e hizo imprimir con otros artículos de prensa e intervenciones en su obra *Páginas libres*, impresa en París en 1894, el mismo año del discurso universitario de Prado (González-Prada, 1894). Para un peruano del 900 ambos textos se entrecruzaban y formaban juntos un programa político, el de Renan, solo que trasladado al panorama local. Frente a esto, Riva-Agüero quiso configurar su postura contraria; al mismo tiempo que rescatar el valor social de la obra de Palma (al fin, un amigo caro de la familia) y ofrecer una versión académica, erudita, teórica para el programa político de nacionalidad integral que los consumidores de las *Tradiciones* (y no Palma) encontraban en ellas (Rivera, 2017, cap. II).

Hasta 1905 no había nada que pudiera ser equivalente ni competir con la fuerza y el estilo elocuente del pensamiento social de González Prada en el mundo de la prensa, en ese mundo de palabras altisonantes y utopías perfectas de periodista. José, alertado y consciente de la situación, iba a planear la respuesta a Prado con Prado: con la traducción inversa de lo que Prado había logrado en la universidad.

En 1905, en la tesis de Bachiller de un jovenzuelo de 19 años, el Perú fue testigo de un libro de envergadura académica que hizo posible articular un lenguaje social para una ver-

sión peruana del nacionalismo integral. Francisco García Calderón y su hermano Ventura, aunque hay testimonio de otros actores de la época que lo aseguran también, creó el primer programa nacionalista. Es aquí donde intervienen, sobre este molde, los aportes intelectuales de Deustua, quien hizo accesible al ambiente universitario positivista y liberal del 900 lo entonces más reciente del pensamiento social y filosófico de la reflexión europea, lo que entonces se llamaba “segundo espiritualismo” y también “vitalismo”, y es así como en *Carácter de la literatura*, el *Examen de la primera parte de los Comentarios Reales* de Garcilaso, *La Historia en el Perú* y otros textos menores de José incorporan en un espectro conceptual denso lo que a partir de las *Tradiciones Peruanas* no eran sino ideas sociales populares, pero desarticuladas, de simpatía por la ampliación del espectro histórico para la nación peruana. Se trataba de un programa claramente opuesto a la influencia francesa que él considera extrema en González Prada y Prado, y que creía eran coloniales, en el sentido de que integraban la nacionalidad peruana en parámetros de interpretación social ahistóricos y descontextualizados (Rivera, 2017, cap. II).

En el pensamiento del joven que salió para el Alto Perú en 1912 se opera algo inusual en el mundo público serio del Perú republicano. No había que juzgar la peruanidad desde la república, o desde la independencia, sino desde una dimensión anterior, que incluyera en ella el sentido de las prácticas, instituciones y monumentos que el peruano, y quizá haya que decir también, el criollo de Lima, entendía en las *Tradiciones*. La idea de la nacionalidad se enlazaba con esta otra tomada de Gabriel Tarde de la originalidad social como algo opuesto a la imitación. Ser originales como realidad histórica y social era el presupuesto para toda nacionalidad, antes que cualquier otro criterio. Todo nacionalismo genuino debía fundarse en la capacidad para forjar un carácter original, esto es, propio, como opuesto a “colonial” o “imitativo”. Y la nación no podía ser objeto de proyecto sino, siguiendo las

ideas de Tarde y Wundt, como también de su traducción filosófica en el espiritualismo, esa originalidad era un producto espontáneo, una realidad con qué contar y no una realidad qué hacer, como González Prada, siguiendo a Renán, había propuesto. Y Riva-Agüero veía esa originalidad en las *Tradiciones Peruanas* mismas, que no sólo eran un libro representativo del Perú, y no sólo trataban de su realidad y su pasado, sino que constituía un producto histórico espiritual único en el mundo literario hispanoamericano (Rivera, 2017, cap. I-II).

Como un proyecto de mayor alcance, Riva-Agüero amplió este panorama de las *Tradiciones* insertando una historia que quiso iniciar de algún a manera con Garcilaso de la Vega, entonces un autor muy poco apreciado. Esto explica el temprano estudio sobre Garcilaso de 1906. Es conveniente afirmar que esto último es un mérito de Riva-Agüero. A inicios de 1920 Garcilaso era ya merecedor de una reedición erudita de sus *Comentarios Reales* con observaciones del hoy tan injustamente olvidado historiador Horacio Urteaga, un experto en el Imperio de los Incas al que consagró diversos estudios no faltos de nostalgia por las glorias de la ancestral monarquía. Riva-Agüero, por paradójico que parezca, reintrodujo en medio del mundo liberal y positivista al indio, al que la cultura universitaria del 900 y la obra de Prado trataban de “raza inferior”; hizo del indio y de lo andino un estrato indispensable en la esencia de la nacionalidad, que él consideraba criolla, pero también mestiza. A Riva-Agüero le debe el Perú que Garcilaso, príncipe inca, capitán imperial español y al fin sacerdote mestizo, haya merecido alguna vez un monumento en esa Lima mezquina de los hombres liberales, a la vez ricos, laicos, republicanos y blancos donde José había nacido.

Las consideraciones sobre Garcilaso dentro de un proyecto integral de nacionalidad afectaron de manera definitiva la conciencia de la élite universitaria, en la década de 1910 demasiado aristocrática e internacional, casi francesa; a través de la reivindicación de este

personaje, la perspectiva empática con el pasado que Palma había hecho descansar en el recuerdo social de la monarquía se abrió hacia los albores del recuerdo, que se internaba así en un horizonte que se perdía desde Garcilaso hacia un pasado anterior, donde reposaba silenciosa una realidad sin escritura. Esto da un sentido inusual al motivo por el que Riva-Agüero pasara a formar parte de la plana docente de San Marcos en 1916. Aunque *Carácter de la literatura* era un libro polémico contra Prado, entonces ya rector, es indudable que Riva-Agüero tenía el prestigio de la universidad por las consecuencias de sus libros, cosa que Prado, “el Javier”, no podía ignorar.

En efecto, en ese mismo año de 1916, José fue invitado por el propio Prado a dar una conferencia sobre Garcilaso, el *Elogio del Inca Garcilaso*, que fue virtualmente su puerta de acceso al status de docente en la universidad; esta obra fue impresa primero en la *Revista Universitaria*, pero sería reimpressa innumerables veces en vida de su autor, como puede verse parcialmente en la Bio/bibliografía de Riva-Agüero preparada por la profesora Ella Dunbar Temple en *Documenta*, obra que sería luego continuada con el aporte de otros historiadores y amigos de José (Dunbar-Temple, 1948; Benvenuto-Murrieta, Dunbar-Temple, Radicati di Primeglio, Tauro, Arbulú-Vargas, 1951); esto dice mucho del aprecio general que el *Elogio* despertaba. No era obra polémica, como *Carácter de la literatura*. El nombramiento como profesor adjunto es especialmente llamativo porque Riva-Agüero había resuelto en 1915 fundar el Partido Nacional Democrático que, bajo un programa bastante moderno, redactado por escrito de manos del autor mismo, integraba el programa del Partido Demócrata y consolidaba en la práctica aquello de lo que *Carácter de la literatura* había querido ser programa (Anónimo, 1915). La historia, sin embargo, iba a correr rumbo bien diferente.

José de la Riva-Agüero fue posiblemente el más original, el más sólido y creativo de

los pensadores del 900 y, a no dudarlo, tanto el mismo como el mundo social al que perteneció tuvieron conciencia de ello, insertándose de este modo a sí mismo y ante su entorno como gestor de la idea de nación peruana.

El intelectual de la calle de Lártiga participó de la Universidad Mayor de San Marcos en un periodo de extraordinaria vitalidad institucional. Una imagen detenida y feliz de la vida universitaria que conoció este sabio peruano puede ser leída en las *Memorias* de Víctor Andrés Belaunde, quien se detiene con cierto detalle en la vida de la Universidad que acogió a Riva-Agüero para referirse a su propia trayectoria desde su llegada de Arequipa, a inicios del 900. También da una imagen generosa y colorida el famoso folleto de Ventura García Calderón *Nosotros*, publicado originalmente en 1936 y que fue reescrito luego de la muerte de Riva-Agüero; incluye un paréntesis largo y triste lleno de quejas contra el amigo a quien había admirado profundamente (García-Calderón, 1946, pp. 53-55).

Tanto Belaunde como García Calderón estuvieron entre sus más íntimos y cercanos amigos en la existencia peruana y limeña de nuestro personaje. Ambos contemporáneos suyos, compartieron el derrotero y buena parte del destino de Riva-Agüero, al menos si no toda la vida (lo cual sería una mentira ciertamente inútil, como todas esas mentiras sociales que son del gusto de los hagiógrafos), sí en cambio alrededor de 1912, que es la fecha del viaje. Amistades intensas estas, habrían de enfriarse para siempre en la Primera Guerra Mundial. Se deja al lector sutil inferir solo las causas de esto.

Mientras redactaba sus libros se quejaba con evidente fastidio en un artículo de periódico sobre los defectos que encontraba en la universidad. Se exigía una memoria excesiva, los profesores eran eternos en sus cátedras. En realidad es difícil explicarse por qué el hombre quizá más sabio y brillante que haya tenido San Marcos en su vida republicana no

tuviera la posibilidad de prolongar el resto de su vida la tarea de 1902; la de 1905; la de 1910; la de 1916.

Riva-Agüero, como todo ser humano, no se halla exento de errores. Quizá el más lamentable de todos haya sido su resistencia a colocar sus libros en las vitrinas de las librerías. De *Carácter de la literatura* y sus tesis jurídico-filosóficas imprimió apenas unos pocos ejemplares, buena parte de los cuales viajaron al extranjero, y ninguno fue puesto a la venta, a pesar de que nunca le faltaron ofertas al respecto. Ni siquiera en Lima hubo de exhibirse este libro en público, el más decisivo para los agentes sociales que José representaba. *Carácter de la literatura*, el libro de la Generación del 900, su obra directriz, su inspiración y su ideal, fue muy pronto, gracias a la generosidad mal entendida de su autor, que por regalar en lugar de vender, no hacía de acceso al público una obra que sus enemigos, aliados impasibles de su orgullo de aristócrata, sepultarían pronto en la distorsión y, lo que es más triste, en el olvido. Es probable que *Carácter de la literatura* haya tenido mayor difusión en su propio tiempo a través de la *Revista Universitaria*, órgano de difusión de la universidad lo que, al menos, que como libro, razón por la cual el texto se hizo conocido entre la élite y dio lugar a extensos debates que se prolongarían un par de décadas. En el largo plazo, como ya todos sabemos, todo el honor de la *Revista Universitaria* fue aplastada por la triste suerte que suelen correr las publicaciones periódicas: un buen día, más temprano que tarde, se sobrepujan en los tachos de lo inútil, con sus iletrados y malolientes compañeros de ruta.

Como ya hemos anotado, José, de manera sistemática, se negó a vender sus obras, es decir, a ponerlas al alcance del público, incluso y a pesar de haber recibido ofertas tanto de venta como de reimpresión por casas editoriales importantes en España y la Argentina. Como todo en la vida, en esto hubo ocasionales excepciones, no llevadas por otro interés que el de las circunstancias. Una vez permitió que la

Editorial Fratelli Treves de Milán imprimiese su folleto *Lope de Vega*, en 1937, en lo que aparentemente fue un canje de intereses para publicar una colección de ensayos favorables al régimen de Benito Mussolini escritos por el entonces joven periodista Carlos Miró Quesada Laos (Miró-Quesada, 1937). Miró-Quesada requirió de Don José para imprimir en Italia; Italia de Don José para sacar a la venta un libro comercial de este intelectual peruano de quien tanto se hablaba, aunque nadie podía tener una obra suya en la mano (Rivera, 2015); en la década de 1940 Don José también permitió la reproducción en calidad de prólogo un texto de comentario a la Segunda Parte de los *Comentarios Reales*; se trataba de unas escasas páginas de su libro de 1910. En estas aventuras editoriales masivas y escasas eran contribuciones por las que, como siempre, no osó cobrar dinero.

Fuera de su vida sanmarquina no realizó ninguna obra de la trascendencia social e intelectual de la magnitud y el perfil de lo que aquí se ha expuesto. Y después de muerto vieron la luz sus *Paisajes Peruanos*, notas de viaje de estilo modernista que redactó a partir de las notas tomadas durante el regreso del viaje a los Andes de 1912 y que, luego de mucho corregir, diera apenas por fragmentos en el *Mercurio Peruano*, revista fundada por Víctor Andrés Belaunde; el primero de esos fragmentos vio la luz en 1918, como apurada ayuda para la salida del primer número en el que, a no dudarlo, no tenía otra cosa más que mandar (De la Riva-Agüero, 1918). Sin saberlo, los recuerdos de viaje que nunca quiso publicar, y que él mismo no consideraba dignos de mayor futuro, son ahora la obra de Riva-Agüero por antonomasia, la única que sería y verdaderamente se ha salvado del olvido social.

Vistas desde el vagón del tren de la historia social peruana, atrás quedan en la marcha del olvido *Carácter de la literatura*, el *Examen de la Primera Parte de los Comentarios Reales*, las tesis de filosofía jurídica de 1911 y 1912, incluso *La Historia en el Perú*, texto que aún



recuerdan tímidamente los historiadores conservadores, quitándole antes todo lo que pueda eventualmente llegar a oler a interesante y riesgoso en esa butaca chiquita y apretada que el tren liberal les permite aún ocupar y donde pueden viajar sin ser molestados. Las obras de José hacia 1912 ingresan ahora en calidad de un exceso de maleta respecto de unos apuntes estrictamente literarios, inofensivos, estéticos, impresos como libro por Porras cuando el autor estaba ya bien sepultado por la lápida primera, para ser pronto arrasado por la gusanera del olvido social.

Don José, sea como fuere, con sus 26 años, llega de regreso a la Estación de Desamparados. Queda fresco recuerdo de los inmensos ficus ornados de una gigantesca araucaria que a lo lejos veía tras la ventana al ingresar a la ciudad, en la florida campiña que rodeaba al cementerio Presbítero Maestro. Está allí, en el vagón, con Canaval, con Morales y los otros amigos; como si no fuera para menos, también estaba allí su sirviente, asegurando en las inolvidables maletas. Lo saludan ahora las marquesas, espléndidamente enguantadas y ensombreradas; es fácil imaginar allí a los amigos de la universidad, a los de la familia; de colados y simpáticos, a los criados y los curiosos. Sus acompañantes deberán comentar a sus pares, nomás bajando del vagón, la emocionante circunstancia de ser de los pocos criollos de Lima que conocen ahora aquella tierra áspera y ancestral donde habita, triste y desconocido, del otro lado de esta francesa república liberal, el indio.

El viaje termina. La travesía del intelectual que se une a los Andes en la experiencia vivida no solo era una estancia de vacacionar; era también un mensaje político y social para los adversarios de la nacionalidad integral peruana; estos adversarios, los liberales, que a veces escribían estentóreos en defensa del “indio”, como se decía entonces de los cholos, esos exóticos serranos que vivían pastoreando llamas y rezando a la Virgen María entre las multiformes ruinas de sus antiguas monarquías;

nunca solían haber visto estos adversarios de la nacionalidad integral, liberales y progresistas, las caras de estos simpáticos y anónimos serranos, cuyo rostro se conocía en las monedas de libra peruana de oro del bolsillo, como era el caso de Manuel González Prada.

Algo más ajustado por el peso que el resto, apagado en su humildad por las esplendorosas bienvenidas de las marquesas; el sirviente va descargando las maletas. Y en alguna parte, en medio del equipaje, dentro de alguna paseada maleta, esperan ignorantes de su destino unas notas de viaje, tomadas al regreso desde el Colegio de los Padres Salesianos del Cuzco. Esas notas serían alguna vez el recuerdo más querido del futuro, a la vez que el más falso.

### Referencias

- Alarco, L. F. (1951). José de la Riva Agüero. *Pensadores peruanos*. Lima: Sociedad Peruana de Filosofía, 75-93.
- Anónimo (1915). *Partido Nacional Democrático. Declaración de principios y estatuto*. Lima: Oficina tipográfica “La Opinión Nacional”.
- Basadre, J. (1944). Crónica nacional: José de la Riva-Agüero. *Historia. Revista de Cultura*, 8, 449-455.
- Benvenuto-Murrieta, P., Dunbar-Temple, E., Radicati di Primeglio, C., Tauro, A., Arbulú-Vargas, R. (1951). *Bio-Bibliografía de Don José de la Riva-Agüero y Osma*. Segundo alcance a la Primera Sección. Primer alcance a las dedicatorias. Textos críticos editados. *Documenta. Revista de la Sociedad Peruana de Historia*, Lima, 3 (1), pp. 183-346.
- Bobadilla, F. (2007). José de la Riva-Agüero y Osma o el intelectual antimoderno. *Mercurio Peruano*, 502, Alarco 46-81.

- Castro y Oyanguren, E., (1920). Un libro de Riva-Agüero. *Páginas Olvidadas*. Lima: Edición “Cervantes”, 195-200.
- Copello, R. (2003). Deustua y su opción por la libertad. Una alternativa en el Perú de principios del siglo XX. VV AA, *Filosofía y sociedad en el Perú*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 167-185.
- De la Puente, J. A. (1955). José Riva-Agüero y Osma (1885-1944). *Mercurio Peruano*, 29 (333), 3-24.
- De la Puente, J. A. (1965). Bartolomé Herrera. Alva Orlandini, H. (Ed.). *Biblioteca de hombres del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, XXV, 5-56.
- De la Puente, J. A. (2007). Riva-Agüero y su casa de Lártiga. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 34 (21-43), 189-199.
- De la Puente, J. A. (2008). José de la Riva-Agüero ante la condición humana. VV.AA. *La intelectualidad peruana del siglo XX ante la condición humana*. Lima: Gráfica Euroamericana.
- De la Riva-Agüero, J. (1905). Don José Baquijano y Carrillo. *El Ateneo. Órgano del Ateneo de Lima*, 6, 145-179.
- De la Riva-Agüero, J. (1905a). *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Lima: Librería Francesa Científica Galland.
- De la Riva-Agüero, J. (1908). *Examen de la Primera Parte de los Comentarios Reales de Garcilaso de la Vega*. Fragmento de un ensayo sobre historiadores peruanos. Lima: La Opinión Nacional.
- De la Riva-Agüero, J. (1910). *La Historia en el Perú*. Lima: Federico Barrionuevo.
- De la Riva-Agüero, J. (1911). *Fundamento de los interdictos posesorios. Tesis para el bachillerato en Jurisprudencia*. Lima: Imprenta “El Progreso Editorial”.
- De la Riva-Agüero, J. (1912). *Concepto del Derecho. Ensayo de filosofía jurídica*, Librería Francesa Rosay.
- De la Riva-Agüero, J. (1918). Paisajes Peruanos. *Mercurio Peruano*, 1 (1), 20-31.
- De la Riva-Agüero, J. (1952). *La Historia en el Perú*. Tesis para el doctorado en Letras. Segunda Edición. Madrid: Imprenta y Editorial Maestre.
- De la Riva-Agüero, J. (1955). *Paisajes Peruanos*. Con estudio preliminar de Raúl Porras Barrenechea. Lima: Santa María.
- Delgado, L. H. (1947). *Ventura García Calderón*. Lima: Latino América Editores.
- Dumbar-Temple, E. (1948). Bio-Bibliografía de José de la Riva-Agüero, *Documenta. Revista de la Sociedad Peruana de Historia*, I (1), 199-298.
- Escobar., A. (1964). Ricardo Palma, Alva Orlandini, H. (Ed.), *Biblioteca de hombres del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, Primera Serie, X, 3-55.
- García Calderón, F. (1906). La tesis de José de la Riva-Agüero. *El Ateneo. Órgano del Ateneo de Lima*, 7 (41), 205-227.
- García Calderón, V. (1912). José de la Riva-Agüero. *Revista de América*, 1 (1).
- García Calderón, V. (1938). *Ricardo Palma*. Bruges: Desclée de Brouwer.
- García Calderón, V. (1946). *Nosotros*. París: Casa Editorial Garnier Hermanos.

- Giusti, M. (1991). La irrealidad nacional. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 18, 91-106.
- González-Prada, M. (1894). Conferencia del Ateneo. *Páginas libres*. París: Tipografía de Dupont, 3-34.
- González-Vigil, R. (1985). Reconstruyendo a Riva-Agüero. *El Comercio*, 08/09/1985, 19.
- Jiménez-Borja, J. (1966). José de la Riva-Agüero. Alva Orlandini, H. (Ed.). *Biblioteca de hombres del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, XL, 4-64.
- Lacombe, P. (1906). *La Psychologie des Individus et des Sociétés chez Taine, Historien des Littératures. Étude Critique*, Paris: Félix Alcan.
- Leguía, J. G. (1929). Bartolomé Herrera. Herrera, B. *Escritos y Discursos. Tomo I*. Con prólogo de Jorge Guillermo Leguía, Director de la Biblioteca de la República, y biografía de don Bartolomé Herrera por Gonzalo y Rodrigo Herrera. Lima: Librería Francesa Científica y casa editorial F. y E. Rosay, I-CIXIX.
- Miró-Quesada, C. (1937). *Intorno agli scritti è discorsi di Mussolini*. Con introduzione di José de la Riva-Agüero. Milán: Fratelli Treves Editori.
- Nève, P. (1908). *La Philosophie de Taine. Essai critique*. Louvain : Institut Supérieur de Philosophie.
- Ortega, J. (1987). *Ventura García Calderón*. Lima: Editorial Monterrico.
- Peña, A. (1987). José de la Riva-Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaunde, visión y propuesta conservadora. Adrianzén, A. (Ed.). *Pensamiento político peruano*. Lima: DESCO, 135-150.
- Porras, R. (1955). El paisaje peruano. De Garcilaso a Riva-Agüero. De la Riva-Agüero, J. *Paisajes Peruanos*. Lima: Santa María, I-CXI.
- Porras, R. (1956). Prólogo, J. de la Riva-Agüero. *Paisajes Peruanos*. Lima: Patronato del Libro Peruano, 10-18.
- Prado, J. (1894). *Estado social del Perú durante la dominación española*. Estudio histórico-sociológico. Lima: El Diario Judicial.
- Rengifo, S. (2004). Alejandro Deustua ante la condición humana. VV AA, *La intelectualidad peruana del siglo XX ante la condición humana*, Lima, Editorial Gráfica Euroamericana, 44-46.
- Rivera, V. S. (2008). Tras el incienso. El pensamiento reaccionario en Bartolomé Herrera. *Araucaria, Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Sevilla, 20, 194-214.
- Rivera, V. S. (2009). El marqués de Montealegre de Aulestia. Biografía española de un nacionalista peruano. *Escritos*, 17 (39) 410-449.
- Rivera, V. S. (2010). Teología política. José de la Riva-Agüero, lector de Juan Donoso Cortés (1903). *Tesis, Revista de Investigación de la Unidad de Postgrado de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, 4 (4), 99-125.
- Rivera, V. S. (2015). Conculcación de 1789. *Revista de la Universidad Católica del Perú (1932-1944)*, *Escritos*, Medellín, 23 (51), 579-407.
- Rivera, V. S. (2017). *Tradicionalistas y maurrasianos. José de la Riva-Agüero (1904-1919)*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

- Sanders, K. (1997). *Nación y tradición, cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, L. A. (1963). Cómo conocí a Riva-Agüero. *Nueva Corónica*, (Lima), 1, 9-32.
- Taine, H. (1895). *Histoire de la littérature anglaise*. Paris: Librairie Hachette, 5 v.
- Thurner, M. (2012). *El nombre del abismo. Meditaciones sobre la historia de la historia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Unamuno, M. de (1906). Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana. A propósito de un libro peruano. *La Lectura. Revista de Ciencias y Artes*, 70, 113-126.
- Vexler, M. (2008). *El positivismo de Javier Prado*. Lima: Editorial Mantaro.